

La habitación está fría. Veo mi aliento, blanco en el aire, desvanecerse entre las verdes paredes de hospital. Dicen que el frío acompaña a la muerte, anuncia su presencia. ¿Por qué?

Acaso las ánimas, una vez perdido el calor corporal, necesiten el frío para volver. Le toco las manos, siguen calientes. Me pregunto quien es. Quien ha venido a por ella.

Si estuvieras consciente tal vez me lo podrías decir. ¿Son mis padres? ¿Algún otro de tus hijos, muertos hace ya tanto tiempo? O son extrañas criaturas, mensajeros, taxistas de las almas.

¿Es su labor acaso más importante que la mía? Huelo tu perfume, tenue, entre el aroma más fuerte de la enfermedad. Ese leve aroma a violetas, como los caramelos en forma de flor que me dabas en la niñez. ¿Es nostalgia esto que me asalta, o es el miedo? Tantas preguntas que quedan sin respuesta porque la solución llega tarde, siempre tarde, cuando ya no hace falta, cuando ya no hay remedio, cuando ya no se la puedes comunicar a nadie. Y entonces ¿de que sirve?

La miro. Aún respira. El doctor dice que no aguantará mucho más. Unas horas. No pasará de esta noche. Lo sé. La muerte prefiere la noche. La noche y el frío. Pero si hace falta, yo la ayudaré.

La luz del techo ilumina menos ¿O es el miedo otra vez? Miedo a las pesadillas nocturnas. Miedo a sentir un peso muerto junto a mí en la cama. Miedo a notar manos jugando con mis pies, destapados. A recordar sus ojos. A sentir manos que me acarician, en despedida, o en venganza por quien sabe que rencores guardados. Manos de niño. De adulto. De viejo. Puede ser cualquiera, en cualquier momento, en cualquier lugar. Giras la cabeza, y ahí está. Abres los ojos, y ahí están. Sientes un cosquilleo en la nuca. Una mano en el hombro. Lo ves a través del espejo, suplicante. Acompáñame. Oyes sus pasos que se acercan. Te anuncian el fin. Y no sirve la huida. Puede ser un accidente, una enfermedad, puede ser tu cuerpo cansado, puedo ser yo. Hagas lo que hagas te encontrará. Ella siempre te encuentra.

¿Fue así, abuela? ¿Les viste? ¿Hablaste con ellos? Antes de que yo llegara ¿agarrabas el embozo de tu cama, llamándoles?

¿Porqué tuviste que hablarme de ellos? No sabías que la curiosidad podría conmigo ¿es eso? No sabías que no podría descansar hasta saber. Que una vez perdida la ignorancia, sólo el auténtico conocimiento podría salvarme. Oh, que arrogancia la tuya pensar que me conformaría con huecas palabras.

Las cortinas se mueven. Y yo recuerdo. Mis padres acababan de morir y apenas hacía dos días que, en mi pesar, había ido a vivir contigo, a tu casa de abuela solitaria, polvorienta. Tú hacías patéticos esfuerzos por ser amable, por sonreír, por hacerlo más fácil para mí, decías. Por entonces yo aún no sabía. Aún era feliz. Hasta que me hablaste de

ellos. ¿Recuerdas, vieja hipócrita? Me mentiste. No me lo contaste por mi bien. Sólo querías compartir la carga. Por eso me dijiste que algún día vendrían a por mí, como habían hecho con ellos, como hacían con todos, que estuviera preparado, que no tuviera miedo. ¿Pero quien? te pregunté. ¿Los envía Dios? No, Dios no existe, fue tu respuesta. Ni Dios, ni el destino, ni la suerte. Sólo la muerte. Ella nos trae a este mundo y ella nos lleva de él. Ella decide cuándo, dónde y cómo. Y en el momento del fin, los envía a por nosotros. ¿Pero a quién? te volví a preguntar. Lo sabrás en su momento, fue la respuesta.

Y desde entonces no puedo vivir. No sin saber. ¿Quien? Si no puedo saber cuándo, al menos quiero saber quién. ¿Quién vendrá a por mí? Hace años que busco. Vecinos, amigos, compañeros de trabajo, enfermos, sanos, jóvenes, viejos. Sólo tengo que esperar a que la muerte los ponga en mi camino. Sí, es ella quien elige. Yo sólo hago el trabajo sucio, soy su instrumento, en espera de la recompensa, del conocimiento. ¿Quién?

Algunos no se resignan. Les digo lo que voy a hacer. Les explico como son las cosas. Pero se niegan a partir. Algunos creen que pueden escapar de mí. Escapar de la muerte. Entonces es diferente. El frío se vuelve tan intenso que corta la piel. Los habituales susurros se convierten en aullidos. Los golpes hacen temblar las paredes. Es mejor no negarse. Aceptarlo.

Pero aunque les siento cada vez más, aún no les veo. ¿Por qué? Ahora creo tener la respuesta. Es porque no vienen a por mí. Porque se niega a darme la respuesta hasta el último momento, cuándo ya no la pueda contar, cuándo ya no la pueda utilizar. Pero esta vez será diferente. Esta vez. cuando lleguen estaré preparado. Engañaré a la muerte.

Si pudieras ver la cuchilla...Cuando exhales tu último suspiro me cortaré las venas. Y les veré. Y por fin sabré. Y entonces la sangre retornará a mi cuerpo, porque aún no es mi hora.

Y contaré al mundo lo que he visto. Y entonces la verdad nos hará libres.